

sos de los cristianos excitan su santa codicia; y salteadores de la fe y del martirio, exponen su vida por recoger los miserables restos del festin de los leones y de las panteras. Cuando han logrado su intento, y ricos con su tesoro de reliquias salvan el pórtico y la puerta del Coliseo, una nueva é interesante escena se ofrece en aquel hermoso valle de los placeres de Roma. Por las avenidas del Celio y del Esquilino y de la via Sacra, otros bultos misteriosos avanzan con menudo paso é interrogan con monosílabos, que parecen contraseñas, á los audaces perturbadores de la paz funeraria del Anfiteatro. En la historia de las citas dadas y aceptadas para la media noche, por hombres y por mujeres, no hay de cierto una cita más simpática que esta de las avenidas del Coliseo: ellos, ya sabemos quiénes son: ellas son las matronas cristianas de los dos primeros siglos, honra y gloria de su sexo; son las Lucinas y las Domitillas y las Victorias y las Ines, de raza imperial algunas, de nobilísima estirpe otras, que vienen con lienzos y con aromas y con flores á recibir el depósito que sus hermanos les traen: quizá mañana, de su hermosura y de su juventud sólo queden tristes despojos como aquellos tristes despojos diseminados en la arena del Coliseo. En la carrera del martirio el primer paso solia ser este de recoger las reliquias de los mártires y ocultarlas en sepulturas y criptas y oratorios. Los viejos palacios de Florencia y de Venecia y de Ferrara están llenos de leyendas y de romances: al pié de sus altas rejas han sonado cantares y juramentos de amor, y tiernas barcarolas, que el aura popular lleva en sus alas todavía. ¡Qué diferencia de estas otras leyendas y de estos otros romances, que sabe el Coliseo, y cuyo secreto sólo se digna revelar á las almas doloridas que creen y esperan y aman!..... No vayais al Coliseo con el propósito de ver unas ruinas imponentes, como pueden serlo las de Pompeya ó de Aténas ó de Egipto: no querais dominar de una mirada aquella mole colosal, que guarda diez y ocho siglos de barbarie y de civilizacion, de crímenes y de oraciones, de omnipotencia y de humildad: si entre las gradas rotas y los pórticos arruinados de su recinto brotan todo el año doscientas variedades de flores, más que flores en el recinto del Coli-

seo, surgen ideas en la inteligencia y afectos en el corazón de quien recorre sus bóvedas despedazadas, con aliento generoso de artista.

Los historiadores del imperio nos dan la crónica exacta del Anfiteatro, ó en otros términos, la crónica del Anfiteatro viene á ser la crónica del imperio.

Tito inauguró el Coliseo ofreciendo en él unos juegos, que duraron cien dias, y que consumieron cinco mil fieras, sin contar los gladiadores, cuyo número no se toma Suetonio el trabajo de escribir. Era preciso á todo trance que el pueblo se olvidase de Neron y se aficionára á la nueva dinastía, y los emperadores Flavios hicieron del Anfiteatro su primer elemento de gobierno. Trajano atendió á la reparacion y ornato del Coliseo: pero no lleva la magnificencia de los juegos adonde la llevaron sus antecesores: y es que Trajano tenía el pensamiento puesto en algo más trascendental que el recreo de la plebe romana: gloria nuestra es que sea un español el primer emperador que mira hácia el Norte y que ve venir la tempestad, que no tarde asolará el imperio. Trajano piensa en el Danubio y en la Dácia, más que en las batallas navales del Anfiteatro y más que en las luchas de fieras y en los gladiadores. No así Adriano, espíritu superficial y melancólico, para quien el cambiar de impresiones y de objetos es una especie de necesidad orgánica. Adriano celebró en cierta ocasion su natalicio, dando en el Anfiteatro unos juegos que duraron seis dias y en que murieron mil fieras, entre ellas doscientos leones y leonas: Marco Aurelio, otro emperador que pensó en el Norte y allí reportó victorias como Trajano, celebró tambien sus triunfos en el Anfiteatro, pero no con la loca suntuosidad del imbécil Cómodo, que resumió en el Anfiteatro la vida del imperio, y que para identificarse más con aquella arena, donde él mismo se daba en espectáculo, hizo construir un camino subterráneo, que desde sus propias habitaciones del palacio de los Césares conducia al palco imperial y á las cárceles de las fieras. Si la espléndidez y abundancia de sangre en los espectáculos subian á proporcion que bajaba el nivel intelectual y moral de los emperadores, bien se comprende que los dias de Caracalla y de su

sucesor habian de ser dias fastos para el Anfiteatro: por entónces se acrecentaron las especies de fieras, apareciendo en lucha elefantes, tigres, leones, hienas, hipopótamos, rinocerontes, girafas y cuarenta caballos salvajes. Y como la gloria del imperio siguió descendiendo, sube y sube la animacion del Anfiteatro; un emperador insignificante, como Gordiano, busca en el ruido del espectáculo el aplauso, que no alcanzan á merecer sus acciones. Filippo, el árabe advenedizo, dueño del imperio, celebra el año 1000 de Roma (248 de nuestra era) con juegos ménos abundantes en sangre: hay quien supone que Filippo era cristiano: por lo ménos traia del África instintos ménos feroces que los que dominaban en el Palatino. Probo, uno de aquellos emperadores fugaces, que sienten más de cerca el ruido de los bárbaros, que vienen, y del imperio, que se va, quiso distraer á su vez al pueblo-rey con juegos del Anfiteatro, cazas magníficas en que recibieron muerte cien leones de la Numidia, cuyos rugidos, dice un historiador, ponian espanto en toda la ciudad, y doscientos leopardos y trescientos osos, terminando la fiesta seiscientos gladiadores entre prisioneros de la Libia traídos para un triunfo, germanos y sármatas. Calpurnio en su égloga 7.^a describe, como testigo ocular, las suntuosas fiestas dadas en el Coliseo por Numeriano, predecesor de Diocleciano. El imperio caminaba á su decadencia, y los espectáculos de cazas y gladiadores eran de cada vez más concurridos y más locamente pródigos en sangre. La vitalidad del pueblo, que habia conquistado toda la tierra, parece que se condensaba en el recinto de piedra del Anfiteatro: las armas vencedoras y un día omnipotentes de la Roma de Scipion y de Augusto no brillan ya más que en la arena de los circos, en los dias de Galieno y de Maxencio.

Los emperadores cristianos atenuaron, ya que borrar de pronto les fuera imposible, los combates de gladiadores: y á la época de Teodorico se refiere el último espectáculo sangriento que ofrece el Anfiteatro. ¿Qué más anfiteatro en aquella época que Roma y su campaña? Los ejércitos del imperio dividido y de los godos y de los lombardos se empeñan durante el siglo vi en una guerra continua á la faz de todos los pueblos. Beli-

sario y Witiza y Totila y Agilupho fueron gladiadores de otro orden, que no permitian pensar siquiera en los elefantes de la India y en los leones del África. Desde esta época hasta el siglo xi apénas hay monumento escrito que dé noticia del Coliseo: el silencio de cuatro siglos no es interrumpido sino por el dicho famoso de Beda, que identifica los destinos del Coliseo y de Roma. Reducido á la soledad y al vacío el viejo gigante, hiere como un sueño extraño la imaginacion de los pueblos, por el prestigio de que las edades antiguas lo rodearon. Desde entónces terminó su historia como anfiteatro, sin que bastáran á darle larga vida los nuevos y variados usos á que lo destinaron los siglos sucesivos: la mole quedó, sin embargo, en pié, cumpliendo en silencio su mision; de pié, como emblema petrificado de la eternidad de Roma. En la Edad Media, cuando todo se agita y remueve, agítase tambien el Coliseo: en el siglo xi sirve de fortaleza á los Frangippani, y en su recinto se refugia alguna vez el sucesor de los apóstoles. Era un dia de Octubre del año 1093: el Pontífice Urbano II, expulsado de Letran por la violencia de las facciones, que hacian de Roma un campo de desolacion, se paseaba, cautivo de la desgracia, en los pórticos melancólicos del Coliseo, convertidos en torre feudal: de pronto llegó á su presencia y se arrodilló á sus plantas un peregrino, en cuyos ojos brillaba la luz de la inspiracion, y en cuyas palabras parecia ondular la voz del cielo: á un Papa perseguido y refugiado, cuasi mendigo, un peregrino viejo, mendigo del todo, venia á ofrecerle nada ménos que la conquista del Oriente. Aquél era Pedro el Hermitaño: en aquella conversacion, bajo los arcos del Coliseo, nació el pensamiento de las Cruzadas: en la arena santificada por innumerables mártires surge la idea de lanzar la Europa entera al rescate del sepulcro del Gran Mártir: el primer canto de la más gloriosa epopeya del mundo resuena en el Anfiteatro.

Corren los años, y nuevas mudanzas sobrevienen al Coliseo. Á la mitad del siglo xiii las crónicas y los viejos manuscritos dan noticia de una singular fiesta de toros celebrada en su recinto. Las antiguas luchas romanas reaparecen sólo por un instante: los ejercicios de habilidad y de fuerza, que el pueblo

árabe, dominador de una parte de la Europa, introduce en las costumbres, penetran, como en terreno bien dispuesto, en la ciudad de las colinas, donde no se han extinguido totalmente las tradiciones de los famosos juegos; y en Setiembre de 1332, los caballeros más apuestos y nobles de Roma, con vistosos trajes y mote á cual más discreto, bajo la presidencia de las ilustres damas Orsini y Colonna, reinas de la hermosura, rodeadas de su inmenso séquito del Trastevere y de los Montes, pelearon con las fieras hasta perder la vida diez y ocho de los apuestos toreadores, y dejar once toros tendidos en el Coliseo. En las Basílicas de Letran y Santa María la Mayor, donde estuvieron expuestos los cadáveres de la flor de la nobleza romana, se conservan todavía inscripciones alusivas á aquella horrible fiesta del Anfiteatro.

En el siglo XIV, con ocasion de una gran peste, el Coliseo sirvió de hospital; y aun hay memoria de un monasterio de religiosas establecido en un rincon de sus galerías, como un nido de palomas en la guarida abandonada de buitres. Sixto V habia imaginado construir en el Anfiteatro un gran establecimiento fabril: sus sucesores tuvieron por más oportuno destinar los mármoles caidos y las piedras amontonadas á edificios de la ciudad: el palacio de la Cancillería y el palacio Farnese y el de Venecia, las más grandes construcciones de la Roma moderna, son simplemente unos arcos caidos ó derribados del Coliseo: comenzada la explotacion de materiales, las grutas empezaron á servir de asilo á vagabundos y á zingaros y á gente de mal vivir, hasta que los Papas de los últimos tiempos, restaurando el carácter religioso, que ya antiguamente tuvo aquel recinto, cuando en él se representaban dramas sacros, los misterios de la Pasion, han puesto especial empeño en conservar un monumento, que es la mayor gloria arquitectónica de la Roma pagana y una de las mayores glorias históricas de la Roma cristiana.

¿No es verdad que la vida del Anfiteatro parece un emblema de las vicisitudes humanas? Romano por su origen, oriental por su mole, griego por sus órdenes de arquitectura, judío por los operarios que lo construyeron, cristiano por la sangre

que lo ha consagrado, cosmopolita por sus espectadores de todos los países y sus animales de todos los climas, durante tres siglos teatro de los más horribles placeres y templo de las más heroicas virtudes; en la época de los bárbaros, coloso que más se agranda, á medida que los otros monumentos caen, y en medio de un mundo de ruinas, símbolo popular de la eternidad de Roma. Despues, cuando toma nueva forma, en los dias en que todo se renueva, fortaleza y monasterio, plaza de toros y hospital de contagiados, mina de mármoles, que da para iglesias y palacios, sala de espectáculo para representaciones sacras, taller de manufacturas, campamento de bandidos y gitanas, fábrica de sal, ha pasado por todas las condiciones, desde las más altas hasta las más humildes; es la personificación material del Eclesiastes, que todo lo ha visto y de todo se ha disgustado, y se ha hecho penitente. El Coliseo se ha puesto, en efecto, á predicar la nada de las cosas humanas, y el sacrificio y la expiacion; el viejo Titan de la arquitectura ha tomado el hábito de capuchino: pero está siempre hermoso en medio de su austeridad, como un anacoreta encorvado por los años, que conserva la belleza del genio en su cabeza desnuda y en su frente y en sus mejillas, arrugadas por el dolor y por la penitencia. Se creará una paradoja; pero las heridas que el Coliseo ha recibido le hacen favor: los revoltosos de la Edad Media, que agujerearon sus muros, y los operarios del Cardenal Riario y los de Paulo III, que apearon algunos arcos para el palacio de la Cancillería y el de Plaza Farnese, fueron artistas, aunque no parecen más que profanadores: á los portillos irregulares y á los golpes de la piqueta codiciosa debe hoy el Coliseo sus admirables efectos de luz, los más bellos de la tierra, comparables sólo con los de San Pedro. Porque ha de saberse que entre la Basílica de San Pedro y el Coliseo hay una especie de relacion estética y misteriosa, como los destinos de las dos Romas, que simbolizan. El sol parece el grande amigo de la Basílica Vaticana: á lo ménos, al ponerse todas las tardes por la cumbre del Monte Mario, siempre reserva su último rayo, como si dijéramos su última caricia, para la cúpula de Miguel Ángel: la luna, que es el sol de

las ruinas, ama con especial amor al Coliseo, y el Coliseo le corresponde, pues no parece sino que guarda sus más dulces encantos para las horas calladas de la noche, en que la luna le envía aquella media luz suave y poética, que es la decadencia y como la ruina de otra luz.

Sñar en el Coliseo en una noche clara y serena, es snar dos veces: en aquellas graderías destrozadas y en aquellos arcos rotos, y entre aquellas piedras, que guardan tantos secretos de la vida y de la muerte, ni la triste envidia ni la torpe ambicion turban las complacencias del espíritu: ántes, por el contrario, parece que allí se ven más anchos y apacibles los caminos de lo porvenir, por donde el pensamiento hace sus viajes fantásticos, que se llaman esperanzas: allí es más viva la impresion de los recuerdos, ósculos silenciosos, que las almas se envían á través del tiempo y del espacio.

«Voy á la escuela», dicen que decia Miguel Ángel, cuando á deshoras de la mañana y de la noche se encaminaba al Coliseo. Ruinas que dan discípulos como Miguel Ángel, mucho deben saber y grandes tesoros deben encerrar. En el Coliseo pasó, en efecto, dias y aún semanas el gran artista florentino, al encargarse de la fábrica de San Pedro: allí bebió la inspiracion de lo grandioso y de lo bello; allí encontró el secreto de aquella ley artística de las proporciones, que constituye la base y la hermosura de los verdaderos monumentos arquitectónicos. En la fantasía de Miguel Ángel se asocian por vez primera dos ideas, que han de vivir perpétuamente unidas en los destinos del arte y de la historia: la idea del Coliseo, que yace en ruinas y desolacion, y la idea del Vaticano, que se levanta en pompa y majestad: la Roma antigua y la Roma moderna se acercan, se saludan y se abrazan bajo el influjo magnético del genio; el Coliseo y la Basílica representan los dos grandes elementos del sér humano, la materia y el espíritu; el Coliseo se inclina hácia la tierra y parece que llora; la cúpula se eleva hácia los cielos y parece que canta. Si la primera visita del viajero en Roma corresponde al Vaticano, la segunda, aún para el viajero peregrino, corresponde al Coliseo: que

aquella es siempre una gran escuela, no sólo de arquitectos, sino de poetas y de filósofos y de cristianos.

Ni los monasterios y santuarios, que en los siglos medios pudieron existir entre las ruinas del Anfiteatro, ni los dramas sacros, que en él se representaban á mediados del siglo xvi, dieron á aquella arena el carácter profundamente religioso y ascético, que tomó en tiempo de Benedicto XIV, que la consagró á los misterios de la pasion de Jesucristo, en memoria de los mártires allí sacrificados, construyendo en todo el ámbito de la elipse, bajo las graderías atronadoras de otros tiempos, los modestos altares del *Via Crucis*. Desde entónces el Coliseo posee un nuevo y fecundo raudal de inspiraciones.

Una tosca cruz de palo se levanta en medio de la arena, en el punto mismo en que se alzaba el altar del Júpiter Laciaris, númen tutelar de las fiestas y de las luchas: el camino de la penitencia se ha instituido en aquel que fué camino de la abominacion: á la caída de la tarde, á la hora melancólica del crepúsculo, á la hora misma, en que ciudadanos y nobles y hasta senadores y matronas bajaban á tomar parte en las ferocidades de la Roma pagana, un pobre religioso ora ante las estaciones y dirige la oracion de unos cuantos fieles, que acuden á tan devota y tierna práctica. Espectáculo maravilloso ofrece entónces el Anfiteatro; la tibia luz de Occidente, que penetra por los arcos que aún duran, ó se derrama sobre las ruinas y escombros de los que cayeron, la primera estrella del zénit, que se complace en enviar su primer reflejo sobre aquel recinto y sobre aquella peregrinacion, traen al alma una idea de tranquila majestad, que nunca despertaron el oro y el marfil del *podio*, los mármoles y las estatuas, ni las mil estrellas de oro de la riquísima cubierta azul, ni el estrépito enloquecedor de las grandes fiestas del imperio: el suave rumor de una plegaria humilde, que los filósofos del Gimnasio y de la Academia jamas hubieran sabido formular, sucede en buen hora al gritar desesperado de una muchedumbre frenética, al rugido de fieras acosadas y al lamento de víctimas escarnecidas. Ayer cien mil romanos de todas clases, con sus mejores vestidos y joyas, llenaban aquellas inmensas gradas de mármol y se exhibían á

los ojos del mundo, como el símbolo de una civilización que ostenta en sus obras materiales la grandeza de que ha despojado á las almas; hoy las inmensas gradas están vacías y solitarias; junto á sus rotos mármoles crece la hierba; la mano inexorable del tiempo ha cerrado sus ochenta puertas; en sus bóvedas anidan las aves; pero en la arena, en el teatro de las luchas, de los horrores y de los martirios, unos cuantos fieles, pocos en número, hablando el lenguaje de doscientos millones de hermanos, que representan una civilización regeneradora de la dignidad humana, se arrodillan á la voz y al ejemplo de un mendicante, y besan el suelo y adoran, en aquel camino recorrido otras veces por verdugos y feroces triunfadores, los misterios de la pobreza y del dolor, la esplendorosa *Via de la Cruz*. Sentado en la humilde grada de uno de aquellos altares, veía muchas veces Chateaubriand avanzar las sombras de la noche: el eco de la campana de San Pedro, vibrando en aquellos muros de desolación, traía al alma del poeta-filósofo raudales de armonía celeste y un mundo de pensamientos elevados. «Misteriosa correspondencia, exclamaba, entre los dos grandes monumentos de la Roma pagana y de la Roma cristiana; los monumentos se suceden como los hombres que los alzaron; todo nos advierte que nuestros días huyen cual la sombra, y que somos una ruina más miserable y caduca que las ruinas mismas de los imperios.»

Allí está la *via Sacra*; el porvenir de los triunfadores, y por consiguiente, el camino de los Arcos.

III.

El arco es una obra puramente romana. La arquitectura griega, poco aficionada á las líneas curvas y á la redondez de las figuras, no lo había conocido. En los últimos tiempos de la Roma republicana aparece el primer ejemplo de esta especie de corona de piedra ofrecida á los héroes: á mediados del si-

glo VII fué erigido al censor Fabio, en la *via Sacra*, un arco triunfal en recuerdo de su victoria sobre los Alobroges. Para Augusto, conquistador del Egipto, se alzó otro arco suntuoso en el Foro Romano. Desde entónces no hizo el ejército entrada alguna en la ciudad que no fuera entre las aclamaciones de la multitud por alguna nueva provincia sometida ó por alguna gran victoria alcanzada: á aquella época se refieren asimismo innumerables arcos de triunfo en su origen, monumentales después; que no han de confundirse estas obras, consagradas al honor y recuerdo de grandes hechos, con otras de la misma forma, construidas como simple adorno en el tránsito de una á otra calle ó de una á otra región: hasta treinta y seis de esta última clase dicen los historiadores que se conocieron en Roma en sus días de apogeo. De los triunfales y monumentales sólo podemos hoy admirar el de Druso, en la puerta Capena; el de Constantino, Tito, Septimio Severo, al Foro; Galieno, Septimio Severo, al Velabro; Dolabela y el Jano Quadrifonte.

Volviendo de nuestra visita al Coliseo, para terminar la del monte Palatino, con todos sus monumentos, llegamos por necesidad al arco triunfal levantado por el Senado y el pueblo al vencedor de Maxencio y de Licinio: es el mejor conservado de cuantos ostenta todavía la ciudad; no parece sino que la mano de los siglos, y aún la de los bárbaros, tan crueles con otros monumentos, hayan respetado éste, que recuerda y honra la memoria de uno de los más insignes bienhechores de la humanidad, de uno de los soberanos más beneméritos de la historia y de la civilización. Tres arcos forman aquella mole nobilísima, que se levanta en el ángulo oriental del Palatino: sus dos facces están respectivamente adornadas por cuatro magníficas columnas de mármol africano de orden corintio, coronadas con sendas estatuas de cautivos extranjeros, cuyo mármol frigio reproducía con sus colores naturales los variados de las vestiduras de los bárbaros: dominando toda la mole estuvo la cuadriga de bronce, donde se sentaba el Emperador rodeado de trofeos. Son notables en el arco de Constantino los bajo-relieves que lo adornan, pertenecientes, según el juicio de los eruditos, á tres épocas diversas, que pudiéramos decir de oro, de plata y